

# El doctor Brondo, los Whitt y la Villa de García

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar\*

## Proemio

Lo que van a leer enlaza el amor y la dinastía de un combatiente norteamericano llegado a la entonces Pesquería Grande y que contrajo matrimonio con una joven de ahí. Formaron familia y sus descendientes figuraron en las letras, la medicina, la abogacía y la milicia. Aquí les hablaré en torno a uno de ellos, así como del sentimiento y arraigo por su Solar Poniente.

## Cuando el amor fue cobijado por el cerro del Fraile

La invasión norteamericana durante el Sitio de Monterrey en septiembre de 1846 no solo dejó pérdidas humanas y materiales por lamentar. Entre los combatientes llegó Rolland Bernard Whitt, originario de Virginia, Estados Unidos, nacido en 1826, hijo de Rolland y Francis Whitt y radicado en San Antonio de Béjar. Como sabía algo de medicina, se trasladó a Saltillo en donde conoció a una doncella de nombre Crisanta Treviño, hija de Jesús Treviño y Facunda Rodríguez, originaria del Valle de San Juan Bautista de la Pesquería Grande. Se hicieron novios y la siguió a su pueblo, en donde se asentó en enero de 1847. Un nieto de nombre Encarnación Brondo Whitt dice que contaba con tan solo 17 años cuando comenzaron el idilio.

Para realizar el enlace nupcial, en especial para los pretensos de otra nacionalidad, debían prepararse y jurar la fe católica por sí no la profesaban. Se presentaron en la parroquia de San Juan Bautista con el padre Juan Antonio de Sobrevilla quien le dio doctrina cristiana, lo bautizó y mandó las amonestaciones de rigor a Béjar. La curia diocesana se ponía muy estricta, debido al “estado de vaguedad” de los enamorados, especialmente porque podían andar de flor en flor por donde pasaban. Por fin, la ceremonia se verificó

el 7 de junio de 1847. Se quedaron a vivir ahí y luego en Monterrey. Después de la partida del ejército norteamericano, hicieron un recuento de los militares extranjeros residiendo en la entidad y aparece Rolland, aunque a veces escriben su nombre como Roldán. Dedicado al cultivo de la tierra, tuvieron varios hijos, siendo la mayor Mercedes, registrada en la iglesia catedral de Monterrey hacia 1850.

Ella contrajo matrimonio el 23 de octubre de 1868 en Monterrey con José de la Encarnación Brondo Martínez, originario de Saltillo, de oficio tejedor. Otra vez el hijo de nombre Encarnación, describe que su madre era rubia y su padre muy “prieto”, hijo de un italiano de nombre Pedro Alcántara Brondo y Carmen Martínez de origen indígena. Doña Mercedes falleció en 1895. En cambio, don José de la Encarnación, comerciante, murió a la edad de 61 años en su domicilio de la calle de los Rayón en Monterrey, el 26 de marzo de 1904. Uno de los hijos estudió medicina y fue gran médico a las órdenes de Pancho Villa. Las nostalgias y recuerdos emanan en muchos de sus escritos.

## Doña Crisanta y la mesa de los duraznos

Solo una hija dejó el nido del Solar Poniente, los Whitt Treviño se quedaron en Villa de García, alrededor de la viejita Crisanta o Cristina como también le decían. El solar nativo se marca por el ombligo de la nacencia y por donde habitan las abuelas, convertidas en las matriarcas de corazón como de sangre: las que habitan los caserones lejanos, aguardando la llegada ocasional de los nietos, quienes jugaron en las habitaciones como en los patios, yendo y viniendo a su antojo.

En plena pugna villista, primero contra los huertistas y luego con los constitucionalistas, las huestes recorrieron desde Hipólito a Paredón y luego de San José de los Nuncio al Saltillo entre 1913 y 1915. En una de esas, el nieto convertido en médico, llamado Encarnación, platicaba con otro compañero al amparo

\* Es originario de Santa Catarina donde cada mañana distribuye notas culturales como históricas en el grupo de “Orgullo Norestense” por redes sociales. Es actualmente beneficiario del programa “Financiarte 2025” del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.



de la sombra, tal vez debajo de un huizache, rodeado de palmas y gobernadoras. Ambos andaban con la División del Norte y en espera de dar auxilio a los combatientes, Encarnación evocó: “En mangas de camisa mirábamos al oriente, señalándome la raya neolonesa, esfumada en la lejanía. Es una cordillera que deriva de la Sierra Madre Oriental. Acá a la izquierda, la Sierra de Galeana, hacia el extremo oriente, la Sierra de Pelillos, Sierra del Fraile. Ésta tiene en la falda dos pueblos bonitos; por el norte Mina; por el sur, Villa de García, que hace años llamábamos Pesquería Grande”.

Ciertamente el peligro de una bala perdida puede arrancar la vida, lo cual acentúa los recuerdos y nostalgias: el doctor se llama Encarnación Brondo Whitt y evoca el nido donde pasó la infancia. Ubicada en la calle de Hidalgo número 16 del casco viejo. Se pasea “en mente”, viendo una mesa con un plátón de duraznos cuyo olor impregnaba el hogar. Afuera la acequia formaba un estanque a la cual se metió a refrescar muchas veces. En 1903 llegó y vio por última vez a la abuela, porque se despidió para marchar a Vicente Guerrero, Chihuahua. Una ocasión, la matrona salió de misa y trató de

convencerlo de que no se fuera: “¿Para qué abuela, para que mi padre me siga manteniendo?”. Lo cierto: en esas vacaciones de despedida, estuvo a punto de declararle su amor a una joven de apellido Narro y no lo hizo. No perdió el tiempo y para el 1904 ya estaba casado allá en Chihuahua.

Llegó la hora de la partida, cuando Quirino el cochero pasó por él: vio los ojos azules de doña Crisanta Treviño y llegaron a las lágrimas. Como buen facultativo advirtió indicios de cataratas. El hijo de doña Mercedes hizo su vida en tierras lejanas y doña Crisanta falleció a las 9:30 de la noche del 19 de agosto de 1912, provocado por un ataque al corazón. Ya viuda del “gringo” Roldán Whitt y de casi 80 años. Le dieron sepultura en el panteón del pueblo. El resto de los Whitt como golondrinas, poco a poco se fueron también de los rincones del hogar.

## **A la memoria del médico Encarnación Brondo Whitt**

Entre Nuevo León y Chihuahua, de Monterrey y Villa de García y la Sierra del Fraile hasta la cordillera Tarahumara. Así se sintetiza el espacio vital de un

nieto de doña Crisanta Treviño, hijo de José de la Encarnación Brondo Martínez de Saltillo y Mercedes Whitt, nacido en Monterrey el 17 de octubre de 1877. Fue alumno del Seminario de Monterrey, para después inscribirse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Ciudad de México. Por alguna circunstancia dejó la carrera, para regresar con los suyos y terminar los de medicina en 1902, presentando un estudio sobre la hidrofobia, apoyado en trabajos experimentales con roedores.

Lo apodaban el “Manco” por una semi-parálisis en el brazo izquierdo. Eso no fue impedimento para rascar las cuerdas de la guitarra y formar una estudiantina con sus amigos y pasear por las calles de Monterrey dando serenatas. De corazón bohemio y viveza intelectual, tuvo una novia en Apodaca y muchas aventuras en el “Solar Poniente”. Desde niño pasó sus vacaciones en el pueblo y ya mayor, acudía a las cantinas a beber y comer ostiones con pan con sus amigos. Precisamente se fue a despedir de doña Crisanta y sus amistades, para instalarse en Guerrero, Chihuahua.

Aquí se casó en 1904 con Beatriz González Armenta. En marzo de 1914 se alistó como médico de la “Brigada Sanitaria de la División del Norte”, siguiendo a Pancho Villa y a otros afamados militares, alcanzando el grado de teniente coronel. Estuvo en los sitios de Gómez Palacio, San Pedro de las Colonias y en la célebre “Toma a Zacatecas” en junio de 1914. Al año siguiente dejó la campaña revolucionaria para regresar con su familia. Publicó más de diez libros como *El dios Pan* (1919), *Nuevo León: novela de costumbres* (1935), *Regiomontana* (1937), *La División del Norte por un testigo presencial* (1940), *Los patriarcas de Papigochi*, entre otras más y cientos de artículos en varios periódicos como *El Heraldo* y revistas de aquellos rumbos.

Además de la medicina y la literatura, cultivó la historia, la astronomía y la filosofía. Buen polemista como responsable y humanitario con sus pacientes de los alrededores y en especial con los Rarámuris. Tras enviudar en 1937, contrajo nupcias con Antonia Casavantes. Murió de una afección cardíaca el 16 de diciembre de 1956, en la ciudad de Chihuahua. Aquí entre los suyos, casi no se le valora, excepto por la difusión que la Facultad de Medicina de la UANL le hace y los recuerdos que prevalecen en García, nomás de “oídas” entre los más viejos del lugar. Lo cierto: es un médico regiomontano que merece una

mejor valoración de su obra y su legado en géneros literarios como la novela, la crónica y los relatos.

## Las casonas del Solar Poniente

Hace mucho, Ricardo Elizondo se refirió a García como un relicario de construcciones antiguas. Respecto a su cuidado y conservación, hay diversas posturas: unos la defienden y prueba de ello es que han surgido dos o tres agrupaciones que procuran su atención. Otros buscan adecuarlas sin que se pierda su esencia y muchos las han intervenido, para bien o para mal. Una ocasión, un descendiente de un militar muy afamado pregonó: “dicen que nosotros las compramos para tumbarlas y Mauricio Fernández para restaurarlas”. En mi caso, prefiero verlas lo más activas y orgullosas de acuerdo a su pasado.

Por eso, reivindico una añoranza del médico Brondo Whitt, mientras se hallaba en una campaña militar en Coahuila, recordó el solar de la abuela: “Una



Encarnación Brondo

hora en ferrocarril, hacia el poniente de Monterrey y caí en la aldea de mi niñez. El legendario coche de Quirino o sus descendientes, me trasladó de la estación a la puerta de la casona de mis mayores. He aquí la villa silenciosa, adormecida en aquella tarde de agosto abrazador, bajo la sombra de los nogales corpulentos. El pueblo olía a heno y a duraznos y por las acequias corría el agua desbordante. Cada casa era un huerto de árboles frutales y la mía tenía dos: uno a cada lado de la calle. Empujé la puerta, como si por ella entrara todos los días. El patio cubierto de granadas, con fruta casi en sazón”.

Por mucho tiempo, se producían cebollas, tomates, uvas y el médico recordaba a su gente: “¡Oh gente pueblerina, sencilla y simpática!”, con gente bailadora que prefería comer duraznos a beber cerveza... Para el doctor Brondo, era una tierra de apodos y tíos: “tío Pedrote”, “Fulano de tal”, Juan “la bolita”, el “Tracalada por la calle”, “Juan Carabinas”, “Félix el mugroso”, el “Tío pocos meados”.

Le sigo con la narrativa repleta de nostalgias: “Abro la puerta de la sala en la penumbra. Percibo el olor de libros viejos, de aire confinado, olor de duraznos que se exhalan en un platón rebosante de frutas. Me ahoga aquel aire y abro las ventanas coloniales de gruesos barrotes de madera de encino. Entra la luz, muebles que fueron elegantes: un diván en que me tumbo, largo a largo, y duermo la

siesta con un periódico en la cara, periódico que sirvió tanto de narcótico como de defensa contra los mosquitos enfurecidos. Al abrir los ojos, siento que tengo los bordados de cojín pintados en el rostro. El platón de duraznos, como un pebetero me convida a merendar”. Ya en la noche, escuchar al búho parado en un nogal, por la mañana untar aguacate al pan, el comedor con olor a hortaliza y fruta para la comida, sin faltar el fiambre. El llamado “casco” aún respira recuerdos de los tiempos idos... a pesar de tanto daño que le infringen.

## **A manera de conclusión**

No es reproche, pero el estudio de las “letras y plumas” regionales, con alcances nacionales, se centra en la producción literaria de los recientes. Contrario a los “antiguos”, los de ahora poseen medios y recursos a disposición para dar a conocer su obra. Los anteriores, solo poseen sus escritos, regularmente olvidados y dispuestos en cajones o bibliotecas donde cada vez se acude menos.

Vale la pena de publicar el legado de quienes nos antecedieron. Les aseguro que pueden inspirar formas y temas para los actuales, ya sea escritores, poetas, cronistas e incluso historiadores, como demás profesionistas y entusiastas que buscan narrativas impregnadas de cariño por la tierra en la cual nos movemos y existimos.